

La cultura y su transformación; no su destrucción

El término “cultura” se ha incorporado al léxico moderno con un contenido más bien vago. Es importante desarrollar más el concepto detrás de la palabra, desde el punto de vista de la antropología moderna. Toda cultura tiene dos grandes componentes: por un lado, una visión del mundo, es decir, un conjunto coherente de creencias sobre la realidad; y por otro una visión ética, es decir, una escala de valores que determina actitudes sobre el bien y el mal y un conjunto de normas de comportamiento correcto de la gente. Para constituirse en una cultura, esta doble visión —de la realidad y de lo correcto— debe ser compartida y transmitida en grupos específicos y concretos de personas, a través de un idioma común. En la antropología de hoy se tiende a distinguir analíticamente entre el concepto de cultura (un sistema abstracto de ideas) y el concepto de estructura social (las prácticas, costumbres, interacciones regulares e instituciones que existen en la realidad concreta y que son observables).

Debemos aclarar ciertos “mitos antropológicos”, es decir, creencias ampliamente difundidas pero cuyos fundamentos se han debilitado en la antropología moderna, por ejemplo:

“Los sistemas culturales e instituciones informales de las sociedades indígenas y campesinas son tradiciones ancestrales que se han mantenido inmutables a través de los siglos; el contacto con la economía y la sociedad modernas, los medios de comunicación pública, etcétera, significa la destrucción de esas culturas y esas instituciones ancestrales”.

Tal creencia parece ser producto de las primeras hipótesis desarrolladas hace casi un siglo por la escuela funcionalista de la antropología. Hoy se sabe que los encuentros interculturales siempre significan tensiones para ambas partes (y en casos extremos pueden causar la desaparición de una cultura), pero que las culturas tienen mucho más capacidad de adaptación a los cambios en el medio material y en el de las ideas que las que anteriormente se les atribuía.

La cultura no es, sin embargo, un conjunto simple e inmutable de reglas que se pueda resumir en pocas palabras. Muchos antropólogos creen que ellas, aparte de expresarse a través de un idioma, *funcionan* como idiomas o como programas, comparables con los de computación por ser mutables y contener sentencias y rutinas que quedan latentes para

manifestarse sólo en circunstancias apropiadas. Las culturas están cambiando y adaptando constantemente sus creencias y normas, en respuesta a los cambios que ocurren diariamente en el medio social, económico e intelectual. En este sentido, no existen culturas tradicionales: no hay ninguna cultura en el mundo que hoy siga siendo idéntica a lo que era hace una generación, y ni siquiera a lo que era hace un año. Una cultura, como un idioma silencioso, evoluciona permanentemente al modificarse el uso que

hacen de ella las personas.

Las propuestas teóricas más novedosas proyectan una idea de las culturas que es aún más dinámica. Las ven —al igual que a los ecosistemas— como sistemas adaptativos en constante cambio, que son generados por la coevolución de las estrategias que aplican los agentes individuales de las poblaciones que conforman las sociedades en cuestión. (Cowan y otros, 1995, varios artículos).☉

*John Durston
Antropólogo social, División de
Desarrollo Social, CEPAL*